



Revista de reseñas bibliográficas de Historia y Ciencias Sociales en la red

Año 7, N° 12- Rosario- Argentina, Abril de 2014

ISSN 1851-748X. Es una publicación del Centro de Estudios Espacio, Memoria e Identidad de la Universidad Nacional de Rosario, pp.54-57

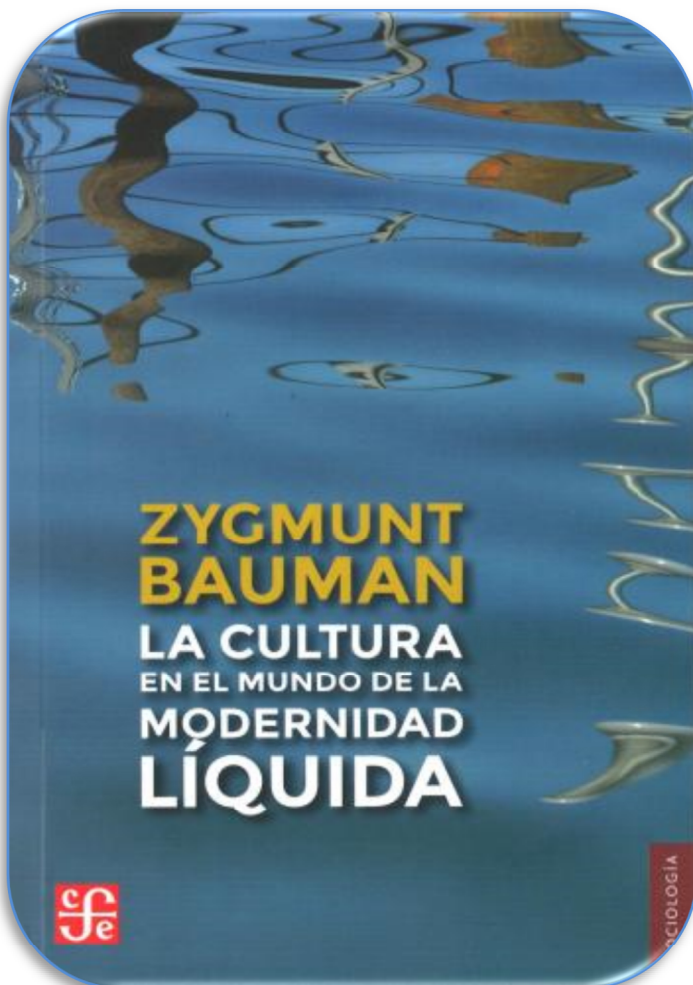
BAUMAN, Zygmunt, *La cultura en el mundo de la modernidad líquida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2013, 101 págs., ISBN 978-950-557-988-4.

Virginia Piccoli¹
Universidad Nacional de Rosario
piccolivirginia@gmail.com

*...il muratore va e non si fermerà/
a creare nuovi muri di disparità/
e mura la natura e mura la cultura/
e mura tutto ciò che fa paura/
ma il pensiero non lo puoi murare/
perché il pensiero è duro, è cielo puro/
e sta di qua e di là...* (Jovanotti, Lorenzo, "Il Muratore" en
Lorenzo Jovanotti, *L'albero*, Soleluna, 1997).

Mientras Oscar Wilde sostenía que la cultura se manifestaba en aquellos elegidos que hallan belleza en las cosas bellas, y que para tales espíritus cultivados lo bello es lo que hay en esas cosas, Andy Warhol declaraba irónicamente que el arte más fascinante es ser bueno para los negocios, ya que hacer dinero es un arte y trabajar es un arte. Ante esto cabe preguntar: ¿cuál es el lugar de la cultura en nuestra época? ¿Qué posición ocupan los ciudadanos respecto de ella? ¿La de espectadores o la de meros consumidores? ¿Cuál es el peso de los Estados al momento de intermediar los diversos procesos de producción cultural?

La presente obra de este prolífico sociólogo de origen polaco se puede enmarcar en la serie de sus estudios previos atravesados por la noción de 'lo líquido'. Puede situársela entonces, a modo de continuación de *La modernidad líquida* (2002), *Amor líquido* (2005), *Vida líquida* (2007) o *Miedo líquido* (2007) y en estrecha relación con obras posteriores como *Vida de consumo* (2007) o *Daños colaterales. Desigualdades en la era global* (2011). Ya se trate de la noción de cultura, ya del amor, del



¹ Recibido: 29/01/2014
Aceptado: 16/02/2014

miedo, o de la modernidad, el diagnóstico sociológico en cada caso remite siempre, básicamente, al mismo panorama: la forma actual de la condición moderna se caracteriza por ser líquida, y en este proceso de modernización constante y compulsivo, ninguna de las etapas consecutivas de la vida social puede mantener su forma durante un tiempo prolongado. Esta condición de fluidez alcanza todos los planos vitales de un individuo en este tipo de sociedades: sus relaciones personales, laborales, políticas, sus vínculos amorosos, su compromiso ideológico, su inserción en la economía y –el tema que aquí nos compete– su relación con la cultura. Desde el primer capítulo aparece la cultura enmarcada en el mundo ‘posparadigmático’, donde no solo “todo lo sólido se diluye”, sino donde además no hay nuevas formas sólidas con las que reemplazar aquello diluido.

La cultura en el mundo de la modernidad líquida se estructura en seis capítulos, cada uno de los cuales presenta –desde un ángulo diverso– su tratamiento de la noción: un recorrido por diversas conceptualizaciones históricas de ‘cultura’, tres tópicos en que se manifiestan algunas de sus tendencias en el siglo XXI, su rol en la constitución de las naciones en el mundo globalizado, su inserción en la era de las diásporas –concepto muy trabajado por Bauman–, luego en el marco de la problemática específicamente europea y, por último, en el vínculo entre el Estado y el mercado.

Cada capítulo puede presentarse como la desnaturalización de un estado de cosas dado. Con *talante* filosófico, Bauman se pregunta por los verdaderos sentidos de algunos de los conceptos más representativos de nuestra época: desde la cultura misma, pasando por la moda y el multiculturalismo, hasta el derecho internacional. En el primer caso, da cuenta del desarrollo de la concepción moderna de ‘cultura’, su ingreso al vocabulario de la modernidad y su inserción en el proyecto de ilustración que otorgaba las herramientas básicas para la construcción de una nación. Con el advenimiento de su fase homeostática (de reproducción monótona de la sociedad y el mantenimiento del sistema), ya se vislumbraba la pérdida total de su posición original, resultado también del cambio de fase de la misma era moderna. Así, finalmente, se concreta la desacralización de la cultura como ideal iluminista, depositario de las esperanzas de salvación del pueblo de su ignorancia, y se desnuda de su misión redentora.

La hipótesis que Bauman esgrime desde este primer momento –y que atraviesa toda la obra– es la que señala la pérdida de *status* de la noción de cultura en tanto plan de acción político –como elenco de tareas encomendadas a una *elite* para efectuar la emancipación intelectual de la humanidad y la ilustración universal de todos los ciudadanos– y la que anticipa a su vez, su rol en la sociedad de consumo: en ésta, la cultura deviene en un depósito de bienes. Su rol como agente de cambio, otrora emancipatorio, se ve opacado por su actual función depositaria: su fin es ahora el de seducir clientes, antes que el de ilustrar al pueblo. La concepción estética clásica, representada, por ejemplo, por Oscar Wilde, es remplazada por el ansia de satisfacción y solución de necesidades y problemas individuales. Ahora, además, el principio regente del elitismo cultural es ‘lo omnívoro’: la aceptación de todos los gustos con imparcialidad y sin preferencia inequívoca, la flexibilidad casi total de las preferencias estéticas. Todo eso forma parte de la fase líquida de la modernidad, llamada por otros autores la posmodernidad, y donde la cultura deviene en un producto más de consumo.

En el segundo capítulo el autor enfoca uno de los fenómenos más representativos de este período: la moda. Así como antes partió del análisis crítico de Bourdieu sobre la cultura, ahora parte de Simmel y su noción de la moda como *perpetuum mobile*. Junto a la noción actual de ‘progreso’ como discurso de supervivencia personal, y a la metáfora de la ‘caza’ (tomada de Pascal) como utopía que ofrece una recompensa inalcanzable, concluye que es primordialmente mediante la lógica de la moda que la cultura subyuga para concertar los esfuerzos del mercado. La nuestra, en tanto sociedad de cazadores, ofrece una utopía que consiste en la persecución de la siempre elusiva moda.

El tercer capítulo nos advierte que se tratará un aspecto específico del proceso de globalización: la migración global. Nos encontramos en la tercera etapa de aquello que Bauman considera la ‘historia de la migración moderna’: la era de las diásporas, donde pelagra el lazo identidad-nacionalidad, emblemático de la primera modernidad. Ello implica que el vivir con la diferencia sea un problema cotidiano. Uno de los puntos más interesantes es el que desmitifica el potencial resolutorio de los derechos humanos: éstos a lo sumo pueden garantizar la tolerancia (concepto, por lo demás, éticamente discutible), pero en modo alguno pueden sentar las bases para la mutua solidaridad. Es notable ver cómo, a partir de esto, Bauman ataca la ‘ideología’ multicultural y pretende poner en evidencia su sentido –oculto para muchos– en tanto teoría que respalda la práctica política de la indiferencia ante la diferencia. Paralelamente, la solidaridad será rescatada de las teorías socialistas ‘utópicas’ y devendrá de aquí en adelante en un bastión, pues parece resistir y sobrevivir a los duros embates del mercado.

En la penúltima parte –capítulos cuarto y quinto– y en base a lo dicho en el primero sobre la Ilustración, Bauman retoma la crítica al multiculturalismo y su imposibilidad de generar condiciones favorables para una convivencia armoniosa entre culturas y de lograr un provecho y enriquecimiento mutuos. En este punto se focaliza el problema de la cultura desde el proyecto socioeconómico del bloque europeo. Un mundo multicultural permite, como se dijo *ut supra*, la coexistencia de las culturas, pero la política del multiculturalismo no facilita, más bien dificulta, el beneficio y disfrute de esta convivencia. Ante el actual modelo panóptico de la dominación, caracterizado por el no involucramiento como estrategia de poder, Bauman refiere a las posturas de Fred Constant, Alain Touraine, Jacoby y Drucker. Contra este multiculturalismo, pero también contra el relativismo cultural, alienta alternativas como el programa del ‘multicomunitarismo’ (Touraine). Ello siempre y cuando se dé un marco democrático, como, por ejemplo, en el ‘régimen constitucional democrático’, de Habermas. Pues en el conflicto entre la comunidad y los derechos individuales, las prácticas democráticas son fundamentales para la autodeterminación de los individuos. Pareciera como si una sociedad podría recién acercarse al ideal de la ‘sociedad autónoma’ (Castoriadis) o al de la vida republicana (Habermas) únicamente por la vía democrática. De todos modos, y más allá de cualquier condición para una política del reconocimiento, la vara con la que Bauman mide estas variables nunca deja de ser el principio kantiano de la universalidad de la humanidad. Ya en *Amor líquido*, desde una lectura de las intenciones éticas en los escritos de Kant de 1784, había remarcado enfáticamente el valor del ideal de la *vollkommene bürgerliche Vereinigung in der Menschengattung* (‘unificación perfecta de la especie humana en una ciudadanía común’), basado en la búsqueda del bienestar colectivo y sustentado en la capacidad de aceptar la pluralidad, susceptible de convertirse en una fuerza benefactora del multicomunitarismo. En *La cultura en la época...* Bauman recobra este planteo de un modo más lateral, y tal vez más implícito, y lo transforma en el eje de su respuesta a la problemática cultural de las múltiples comunidades coexistentes en la unión europea. En medio de la amenaza e incertidumbre propias de la modernidad líquida, de las murallas que se erigen cada día, el multiculturalismo no solo aleja la atención de las verdaderas causas del conflicto, sino que contribuye a ahondar las brechas en una sociedad individualizante e individualizada, donde los únicos beneficiarios del fracaso de la comunidad humana soñada por Kant serán los –así llamados por Bauman– ‘poderes globales’.

Por último realiza un análisis más estrictamente político, en una vuelta al tema central de la obra –la cultura–, respecto el rol del Estado nación en la modernidad líquida. ¿Cuáles son los presupuestos bajo la rúbrica ‘política cultural’ de un Estado?, ¿qué significado toma la noción ‘cultura’ tras la abolición de la monarquía francesa, cuando el gobierno revolucionario se apodera de ella?, ¿y cómo influye luego en el objetivo general de la República de crear nuevos individuos, patriotas y ciudadanos? ¿Cuán radical es el cambio en el siglo XX, cuando durante el gobierno de De Gaulle se pretende por primera vez institucionalizar y codificar la dirección estatal de las actividades culturales, y cuán influyente es este modelo para las demás naciones? Pareciera que la democracia política debía ser complementada con la democratización de la cultura, en particular del arte. Sin embargo, esas iniciativas no estarían exentas de reticencias

por parte de teóricos opositores como Fumaroli o el mismo Adorno; desconfiados ante cualquier interés de los administradores estatales por las artes. Acercándonos más a nuestro siglo, de la mano de las reflexiones de Arendt sobre el valor de la cultura en un momento en que todos los objetos producidos se consideran meras funciones de los procesos de la vida social, cabe preguntarse cuál es la capacidad de rebelión de los creadores culturales, cuáles son los límites de la creatividad artística, y si la cultura podrá sobrevivir a la devaluación del ser y al ocaso de la eternidad, los daños colaterales más peligrosos –según el autor– del triunfo de los mercados de consumo. Para la obtención de una respuesta, nos aconseja, debemos esperar aún un poco, sin que ello implique postergar nuestra enérgica búsqueda. Ésta puede verse ahondada por el apoyo a cualquier tipo de manifestación cultural que intente romper con la lógica de mercado regente; es decir, aquellas iniciativas artísticas locales ‘de base’ que promuevan el encuentro entre los artistas y el público, entre los productos de consumo y los consumidores.

La prosa de Bauman se caracteriza por su actualidad –su referencia a artículos periodísticos y de medios de comunicación masivos es permanente–, por su evidente interdisciplinaria –el recurso a obras de otros campos de saber, así como de otros investigadores y colegas; las citas a otros autores son constantes: teóricos como F. Constant, Bourdieu, Arendt, Adorno, Habermas, Gadamer, George Steiner, Castoriadis, Latour, Gellner, Dench, Taylor, Jacoby y artistas como Wilde, Hirst o Warhol. Debe reconocerse que este rasgo no es frecuente entre autores del estilo y habla de una actitud comprensiva para con el lector no especializado. En *La cultura en el mundo de...*, son muy lúcidas las críticas a nociones como la de derecho internacional o la de derechos humanos, ya que a su vez traslucen el genuino espíritu filosófico de su pluma y persiguen la loable tarea de desenmascarar procesos en apariencia progresistas (como el del multiculturalismo, el derecho internacional, la tolerancia, o el relativismo ideológico).

Quizás sorprenda la ausencia de categorías marxistas o una referencia siempre más bien implícita a las mismas, casi como si el autor se cuidara de no evidenciar su formación comunista. Esto podría responder a la tensión generada entre un posicionamiento ideológico y una elección de estilo cuyo fin sería el de captar un mayor público (tal vez “moderado” desde la óptica de lectores más radicales), pero posibilitar a la vez su ingreso en un género editorial de gran alcance, casi de difusión. Una observación válida, por otro lado, es la circunscripción del campo de análisis de la obra. Las situaciones particulares a que refiere, los ejemplos, casos y categorías a que recurre pertenecen todos a países europeos y norteamericanos. Esto no quiere decir que lo expuesto sobre la cultura en la modernidad líquida no afecte zonas más allá del hemisferio norte: la condición de la cultura global atraviesa toda frontera. Aun así, ello daría lugar a la posibilidad de una traslación de sus lecturas y propuestas hacia una reflexión propia, esto es regional, sobre la situación específica latinoamericana, y la del resto de los países fuera de la zona eurocéntrica.

La sensación final que nos deja la lectura de esta obra puede llegar a ser ambigua: de ansiedad o desasosiego pero de un insinuado optimismo a la vez. Por un lado, presenta un panorama negativo, un estado crítico de la situación cultural global y, por otro, deja una puerta abierta a la posibilidad de concientización sobre la necesidad de rebelión y concreción de ciertos ideales. Puesto que si se realiza el recorrido del argumento político de Bauman, basado en su análisis sociológico de la modernidad líquida, se arriba a algunos principios dignos de recalcar, en absoluto triviales y potencialmente revolucionarios. Entre éstos, la propuesta del ‘multicomunitarismo’ como superación del multiculturalismo, la autonomía individual como condición de la autonomía social, la recuperación y el fomento de la solidaridad como valor amenazado en la época de la fragilidad de los vínculos, todos ellos dirigidos a una meta solo en apariencia anacrónica e idealista: la conformación de la comunidad humana universal con la que soñó Kant.

Palabras clave: cultura, modernidad líquida, diáspora, globalización.
Keywords: culture, liquid modernity, diaspora, globalization.